

puesto de diversas partes reunidas bajo un gefe comun. Si bien Leopoldo no tuvo de derecho el mismo poder sobre los círculos que Darío sobre sus provincias, no puede negársele que lo tuvo de hecho. Prevalió el mismo abuso respecto de la dignidad suprema pudiendo el imperio germánico aunque electivo ser considerado tal vez como hereditario. (a)

El sistema militar de José II ha gozado entre nosotros igual reputación que el de Ciro entre los antiguos. Hicieron ambos monarcas consistir la principal fuerza de sus armas en la caballería; solo se diferenciaron en que Ciro creyó, que la seguridad de sus Estados dependía de las plazas fuertes, y el otro creyó deber destruirlas.

Las opiniones religiosas del moderno imperio de Occidente estaban divididas en católicos, y en diversas sectas de protestantes, así como los adoradores de Mithra, Jehovah, Júpiter, Brahma y Apis componían la sociedad religiosa en el Oriente.

El sistema feudal abrumaba al labrador alemán poco mas ó menos del mismo modo que la esclavitud á los vasallos del gran rey. Sin embargo, entre esos hombres desgraciados resalta una notable diferencia, que consiste en las costumbres de ambos pueblos, siendo las del primero justas y puras por la poderosa razón de su indigencia, sin que por eso deba inferirse que en Alemania se carecía de instrucción. Encuéntrase por el contrario en mi concepto mas instrucción y buen sentido en el pueblo alemán que en ninguna otra nación de Europa sin exceptuar la Inglaterra, cuyo pueblo está lleno de preocupaciones. Una de las principales causas que sirve para sostener la moral entre los alemanes proviene de la virtud de su clero. (b) En otra parte me ocuparé de este asunto.

CAPITULO LVIII.

CONTINUACION.—LAS ARTES EN PERSIA Y EN ALEMANIA.—POESIA.—KREESHNA.—KLOPSTOCK.—FRAGMENTO DEL POEMA MAHABARAT SACADO DEL SANSKRITO.—FRAGMENTO DEL POEMA DEL MESIAS.—SACONTALA.—EVANDRO.

Los jardines aéreos de Babilonia, y los vastos palacios de los reyes, decorados de pinturas y estatuas dan testimonio del reinado de las bellas artes en el imperio de Ciro. Sus inmensos Estados compuestos de mil pueblos distintos debían dar inagotables asuntos á la poesía, diferentes en su colorido, según las costumbres y la naturaleza que en ellos se reflejaban. Afeminada en la Jonia, arrogante entre la púrpura de los medos, sencilla y agreste en las montañas de Persia, y voluptuosa en la India cantaba como el árabe al patriarca sentado bajo la palmera del desierto en medio de sus rebaños y su familia. (1) (c)

Voy á dar á conocer algunos preciosos fragmentos de la literatura oriental, sacados del sanscrito de cuyo lenguaje he tenido ya ocasion de hablar varias veces. (2) Autorízame á hacerlo así la circunstancia de

(a) Es tanto lo que en la actualidad me chocan esas comparaciones, que á pesar de estar continuamente prometiendo no volverme á ocupar de ellas, no está en mi mano el pasarlas en silencio. ¿Qué paralelo es ese que voy á establecer entre Alemania y la antigua Persia? Es temeridad que en sí misma lleva su merecido castigo. (N. ED.)

(b) Al fin tengo que dar alabanzas á un clero, no obstante el tono filosófico de esta obra! Veíame irresistiblemente impelido hácia la imparcialidad. (N. ED.)

(1) Job.

(c) El *Ensayo histórico* y los *Natchez* son la mina de donde he sacado la mayor parte de los materiales empleados en sus demás escritos; pero los *Natchez* por lo menos están enteramente desprendidos de su primitivo origen. (N. ED.)

(2) Creo que una nota sobre el sanscrito no disgustará á

extenderse el imperio persa sobre una parte considerable de las Indias.

El primer fragmento está sacado del Mahabarat, poema épico de cerca 400,000 versos, compuestos por el brahma Kreeshna Diopyayen Veias, 3000 años antes de nuestra era. El episodio llamado *Baghval Geeta* era lo único de este poema que el traductor inglés, M. Wilkins habia publicado en 1785.

El asunto de este antiguo monumento de la poesía india es una guerra civil entre dos ramas de la casa real de Bhaurat.

Estando ambos ejércitos á punto de venir á las manos, el dios Kreeshna que acompañaba á Arjoon, como Minerva á Telémaco, invita á su discípulo á que lance su carro entre los combatientes. Arjoon, tiende en derredor la vista y no viendo ni en una ni otra parte sino padres, hijos, hermanos y amigos dispuestos á degollarse mutuamente, exclama lleno de piedad y dolor.

O Kreeshna! al ver á mis amigos tan impacientes por oír la señal del combate, me abandonan las fuer-

muchos de mis lectores (*). El hancrito, ó mejor dicho, el sanscrito es como todo el mundo sabe, la lengua sagrada en que están escritos los libros de los Brahmas, únicos poseedores de su clave. Este idioma que en concepto de Mr. Halhed, primer inglés que ha llegado á comprenderlo, era en otros tiempos tan universal en las regiones de Oriente, que dominaba desde el golfo Pérsico hasta los mares de la China.

Las pruebas en que apoya esa opinión, están fundadas en inscripciones halladas en distintos puntos del país (**); y en la semejanza entre los nombres colectivos y numerales de aquellas regiones, y los mismos del sanscrito. Esa semejanza se extiende hasta los idiomas griego y latino. (***) No se hablaba el sanscrito sino en las altas clases de la sociedad, y el pueblo usaba otros dos idiomas vulgares.

Dividiase la cronología de los indios en cuatro edades, á saber:

1.ª La *Sutea Yoga*, ó la era de la pureza: su duración fue de tres millones doscientos mil años. Los hombres vivían cien mil años.

2.ª La *Tirtah Yoga*, (corrupción de la tercera parte del mundo). Su período fue de dos millones cuatrocientos mil años. El plazo de la vida del hombre era diez mil años.

3.ª La *Davapar Yoga*, (corrupción de la mitad de la raza humana), duró un millón y mil y seiscientos años. En esta era el hombre ya no vivía mas que mil años.

4.ª La *Cola Yoga* (corrupción completa), es la edad actual que durará cuatrocientos mil años, y de los cuales no han pasado aun mas que cinco mil. Es increíble que todas estas traducciones que tan extravagantes deben parecer á todo el mundo, estén sin embargo conformes con los mas exactos cálculos de astronomía. Mi autoridad en todo lo que acabo de decir se apoya en *Robertson's Historical Disquisitions*.

(*) Pudo esta nota tener alguna oportunidad en su tiempo, mas en la actualidad que ya es completamente conocido aquel lenguaje carece de interés. ¿Qué triunfante citaba yo las cuatro *yogas* ó épocas que suponía comprender, tantos millones de años y destruir la cronología de Moisés. En la actualidad ya se sabe que todos aquellos supuestos millones de años entran en el estrecho círculo de las tradiciones de la Biblia.

(**) No es esta una razón concluyente, pues pudo muy bien haber sido grabado el alfabeto sanscrito en las monedas persas, indias, etc., sin que en esas regiones se hablara dicho idioma. Sabido es que en la actualidad los chinos y los tártaros se entienden por medio de signos escritos, aunque sus respectivos idiomas son enteramente diversos. Las letras chinas son una especie de caracteres generales, y signos de determinadas ideas.

(***) Los dramas escritos en estos tres dialectos, no dejan la menor duda sobre este particular. Las diversas obras traducidas del sanscrito al inglés son el *Mahabarat* y *Sacontala* de la cual ya he citado algunos pasajes; *Hecto-Pades*, ó la obra original de donde están tomadas las fábulas de Esopo y de Pilpay; los *Cinco Diamantes*, ó estancias de los cinco poetas: una oda traducida de Wulli, y una parte del Shaster. Además de esas obras de imaginación se han encontrado escritos en aquel idioma sagrado tratados pertenecientes á distintas ciencias, y entre otros el famoso *Surya-Siddhanta*. Redúcese ese tratado á una colección de tablas astronómicas de la mas remota antigüedad, y calculadas con arreglo á teoremas de trigonometría completamente exactos.

zas, mi rostro empalidece, se me eriza el cabello, y todo mi cuerpo tiembla de horror. Grandew, mi propio arco, se me cae de las manos, y mi piel pegándose á los huesos, se deseca. ¿Me atreveré á pedir felicidad para mí despues de haber dado muerte á todos esos queridos parientes contra quienes tengo que combatir? O Kreeshna, no ambiciono la victoria. ¿Que necesidad tengo de aumentar mi poder, ni el número de mis placeres? ¿Que me importan los imperios, los placeres, ni mi propia existencia, sino existen los únicos que daban algun valor á esos imperios, á esos placeres y á esa vida? Padres, abuelos, hijos, nietos, tíos, sobrinos, primos, parientes y amigos, vosotros deseáis mi muerte, y sin embargo yo no deseo la vuestra; ¡no! aun cuando por ella pudiera adquirir el imperio de las tres cuartas partes del universo, cuanto menos por un pequeño rincón de la tierra. (1)

La patética sencillez de este fragmento tiene una verdadera hermosura, y lo que mas admira es no encontrarlo recargado de aquel lujo de colorido, y de aquellos rasgos de desarreglada imaginación que constituyen el carácter dominante de la poesía oriental. Todo está escrito según en el tono de Homero; pero despues de este apóstrofe de Arjoon, Kreeshna, con objeto de probarle que debe combatir, le contesta haciéndole presente sus deberes de príncipe, y entra en una difusa controversia teológica y moral con su discípulo, en la que á cada paso se revelaba el mal gusto y su ambición. Elegiremos para comparación del épico indio que acabamos de citar, un fragmento del épico alemán. La musa germánica, nutrida con la meditación de las sagradas Escrituras, presenta algunas veces toda la magestad y toda la sencilla magnificencia hebrea: de manera que en las frias regiones del imperio germánico suele encontrarse el ardiente entusiasmo de los poetas de Israel.

Klopstock en su inmortal poema pinta, la conjuración del infierno contra el Mesias. El sacrificio está á punto de consumarse; los fariseos triunfan, y el hijo del Hombre está sentenciado á muerte. Acompañado de su madre y discípulos, escoltado por soldados romanos y seguido de todo el pueblo de la Judea, avanza ya con la cruz al hombro hácia el lugar del suplicio: ya está en el Gólgota. Entonces Eloa, por mandato del Eterno, coloca los ángeles de la tierra en derredor de la sagrada montaña. Unos de estos se estacionan sobre las nubes, los otros vagan cruzando por el etéreo espacio.

Gabriel convoca las almas de los patriarcas, y los reúne sobre el monte de los Olivos, á fin de que presencien el gran sacrificio. Uriel comparece al mismo tiempo acompañado de todas las almas de las generaciones futuras. El globo inmenso en que habitan ha recibido órden de volar hácia el sol é interceptar su luz. Satanás y todo el infierno, oculto en el mar Muerto y entre las ruinas de Gomorra, contemplan la Redención. Los innumerables espíritus celestes que pueblan los astros y los soles, y los que rodean á Jehovah, están con la vista fija en el Salvador, y el Santo de los Santos, retirado en su incomprendible profundidad, cuenta las horas del gran misterio. Entonces... los verdugos se aproximaron á Jesús.

En aquel momento todos los mundos, con un rumor que resonaba á lo lejos, llegaron al punto de su curso desde donde debían anunciar la reconciliación. Detuviéronse: el movimiento de los polos fue insensiblemente disminuyéndose hasta parar del todo. En todo el ámbito de la creación reinó el mas sepulcral silencio. El curso suspendido de todos los globos, anunciaba en el cielo las horas del sacrificio..... Los ángeles llenos de asombro, tenían puesta toda su atención en lo que iba á suceder. Jehovah lanzó una mirada sobre este mundo, y al ver que estaba á pun-

to de desquiciarse, lo sostuvo en su centro. Jehovah, el Dios Jehovah tenía sus miradas fijas en Jesucristo... y los verdugos le crucificaron..... A ese tremendo espectáculo los ángeles y los patriarcas enmudecieron de terror. La tenebrosa calma en que toda la naturaleza quedó sumergida, era la mas fiel imagen de la muerte. Hubiera podido decirse que súbitamente habían dejado de existir todos los vivientes, y que la vida se había completamente apagado en todos los mundos.....

No tardaron las tinieblas en tomar posesión de la tierra sumergida en aquel pavoroso silencio, y en aumentar con su lobreguez la universal angustia. Las aves volaron silenciosas á esconderse en lo mas impenetrable de los bosques; las fieras buscaron asilo en las cavernas y en las hendiduras de las rocas; dominó sobre toda la naturaleza la calma mas aterradora. Los hombres, respirando trabajosamente un aire que iba perdiendo su elasticidad, levantaban sus ojos al cielo para encontrar un rayo de luz. La oscuridad se hacia cada vez mas densa, y llegó á toda su lobreguez cuando el disco del sol quedó enteramente interceptado por el astro ocupado por las almas de las generaciones futuras; entonces todos los límites del universo quedaron sepultados en los horrores de una espantosa noche.....

Brillaron por un momento los colores de la vida en la frente del Mesias; pero extinguiéronse rápidamente, y no volvieron á aparecer. Sus lívidas mejillas acabaron de marchitarse, y su cabeza, sucumbiendo bajo el peso de los pecados del mundo, se dobló sobre el pecho. Hizo esfuerzos para levantarla hácia el cielo; pero volvió á caer sobre el pecho. Dilatáronse con movimiento pausado y horroroso las nubes sobre el Gólgota, quedando suspendidas como la fúnebre bóveda que cubre los sitios en que la podredumbre devora los cadáveres. Sobre la cruz se fijó una nube que aventajaba á todas las demás en lobreguez, y parecia que de su seno se destilaba la horrenda calma de la muerte. Hasta los espíritus inmortales se llenaron de pavor. Un ruido súbito resonó en las entrañas de la tierra: temblaron los esqueletos que dormían en ellas, y el templo se estreñeció desde la base hasta la cúspide.

Volvió sin embargo á restablecerse el silencio sobre la tierra, y muertos y vivos, y los que han de venir á la vida fijaron sus estupefactos ojos en el Redentor. Presa de todos los dolores, Eva contemplaba á su hijo que insensiblemente iba sucumbiendo por una muerte lenta y angustiosa. No podían los ojos de Eva separarse de tan triste espectáculo, sino para fijarse en otra mortal que abrumada al pié de la cruz, con la cabeza caída sobre el pecho, con su rostro pálido y con su inmovilidad y silencio, imitaba ó sobrepujaba el silencio de la muerte. Sus ojos no tenían ya lágrimas.... «¡Ah! dijo entre sí la madre del linaje humano, esa debe ser la madre del mas perfecto de los hombres; harto claramente me lo revela la inmensidad de su dolor. Si, esa no puede menos de ser la augusta María, que en este instante está sufriendo lo que yo sufrí cuando al pié del ara ví á mi hijo Abel anegado en torrentes de su propia sangre. Si! esa es la madre del Salvador, que está espirando.»

Distrájola de estos pensamientos la llegada de dos ángeles de la muerte, que venían con vuelo grave y magestuoso de hácia las regiones de Oriente. Sus vestidos eran mas sombríos que la noche, sus ojos brillaban mas que la llama, y en todos sus ademanes se revelaba la terrible misión de destruir. Lenta y silenciosamente avanzaron hácia la colina de la cruz, á donde el Juez supremo les habia mandado ir. Las almas de los patriarcas, se postraron aterradas, en el polvo de la tierra, sintiendo las impresiones de la muerte y los horrores de la tumba, en cuanto la sustancia indestructible puede sentirlos. Cuando los dos

(1) *Baghval Geeta*, p. 31.

terribles ministros llegaron á la cruz contemplaron al moribundo, y volviendo á tomar su vuelo, el uno á la derecha, el otro á la izquierda, dieron siete vueltas al rededor de la cruz. Dos alas cubrían sus pies; dos alas temblorosas velaban su rostro, y otras dos le sostenían en el aire, cuya agitación producía un quejido semejante á los dolorosos acentos de la muerte, semejante al que resuena en los oídos del amigo de la humanidad cuando millares de muertos y moribundos nadan en sangre sobre un campo de batalla, de donde el amigo de la humanidad se apresura á separar la vista. Las alas de los ángeles difundían hacia la tierra los terrores de Dios de que estaban impregnadas, é iban á dar la séptima vuelta en torno de la cruz, cuando el Salvador levantó su abrumada cabeza y vió á los dos ministros de la muerte: entonces dirigió sus apagadas miradas hacia el cielo, y con una voz arrancada de lo profundo de sus entrañas; pero que no llegó á ser oída, exclamó: «Cesad de espantar al mundo. Bien os conozco por el rumor de vuestras alas... me anuncia la muerte... Cesa, Juez de los mundos, cesa...» Al decir esto su sangre brotó á torrentes... Entonces los ángeles dirigieron hacia el cielo su estrepitoso vuelo, dejando á los espectadores enmudecidos de espanto, y llenos de reflexiones angustiosas y confusas sobre lo que acababan de ver... El eterno ha cubierto este misterio con un velo impenetrable.....

Los cielos, el infierno, los hombres, las generaciones pasadas y futuras, los globos suspendidos en sus revoluciones, el mundo estacionado en su movimiento, la naturaleza cubierta de un velo, un Dios espirando, ¡qué cuadro! En vista de tal sublimidad sería ocioso cuanto pudiéramos decir.

El segundo fragmento que voy á trasladar del sánscrito es de un género enteramente distinto del primero que he citado. Entre los escritos indios se han descubierto una multitud de piezas de teatro compuestas en lengua sagrada, tan regulares en su plan, como interesantes en sus argumentos. Si pudieran ocurrir dudas acerca de la alta civilización de la India en otras épocas, bastaría esa particularidad para desvanecerla y despojar al propio tiempo á los griegos del honor de haber sido inventores del género dramático.

No solo admitió el teatro indio la máscara y el coturno, sino que alguna vez ensayó también el género pastoril, complaciéndose en representar las escenas campestres, y no temiendo rebajarse por pintar cuadros de la naturaleza. Vamos á citar una prueba.

Sacotala, princesa de ilustre prosapia, fue educada por un ermitaño en un bosque sagrado, donde pasó los primeros años de su vida entregada á ocupaciones rústicas y en medio de la inocencia pastoril. Estando á punto de abandonar ese querido, cuanto oseo albergue, para pasar á la corte de un poderoso monarca á quien estaba prometida, las compañeras de su infancia se lamentan de su partida y hacen votos por su felicidad con las siguientes palabras:

«¡Oíd, árboles del bosque sagrado! ¡oid, y lamentaos de que Sacotala tenga que despedirse de vosotros para ir al palacio de su esposo! ¡Sacotala! la que no bebía agua cristalina sin haber antes regado vuestras raíces; aquella cuyo afecto hacia vosotros era tan tierno que jamás arrancó ni una sola hoja de vuestro lozano follaje, por más que sus hermosos cabellos estaban al parecer reclamando una guirnalda; aquella, cuyo mas grato placer era la estacion en que se cubren de flores vuestras ramas flexible.

CORO DE NINFAS DEL BOSQUE.

¡Acompáñenla todas las prosperidades! Rodéenla las ligeras brisas empapadas con todo el aroma de las flores. Présténle grata frescura durante su

viaje los lagos de agua cristalina cubiertos de verdes hojas de lotos! Protéjanla de los abrasadores rayos del sol las sombras de los bosques!

Sacotala pide permiso á Cana, el ermitaño, para despedirse de la liana Madhavi, cuyas purpúreas flores inflaman el bosque; despues de haber dado un beso á la mas radiante de todas las flores, y de haberle explicado que la ciña con sus amorosos brazos, exclama:

¡Ah! ¿quien tira de los pliegues de mi vestido?—

CANA.

Tu hijo adoptivo, el cabritillo, cuyos labios has humedecido tú tantas veces con eceite balsámico cuando las espinas se los habían desgarrado. El cabritillo, á quien tantas veces has dado de comer con tu propia mano. Ahora no quiere separarse de su bienhechora.

SACOTALA.

¿Por qué gimes, tierno cabritillo? Necesariamente tengo que abandonar nuestra comun morada. Cuando á poco de haber nacido perdiste á tu madre te tomé bajo mi protección. Mi padre Cana cuidará de ti, cuando yo no habite en este sitio. Retírate, pobre cabritillo, retírate; fuerza es separarnos. (Llora)

CANA.

Esas lágrimas, hija mía, no convienen á tu situación. Ya nos volveremos á ver: cobra aliento. Si acude á tus hermosos ojos una ardientelágrima, sepa tu valor contenerla aunque esté á punto de salir. En nuestro tránsito sobre esta tierra, donde la senda tan pronto se abisma en los valles, como sube á la cima de las montañas, y donde es difícil distinguir el verdadero camino que hemos de seguir, necesariamente han de ser desiguales sus pasos; pero no pierdas nunca de vista la virtud y ella te guiará con toda seguridad. (1)

Aunque no esté conforme con nuestras costumbres este diálogo, no puede menos de decirse que está respirando toda la calma y la frescura del idilio.

La última lección de Cana, arreglada al gusto del apólogo oriental no tiene oportunidad: pero está llena de una amable filosofía. El Teocrito de los Alpes va á darnos un paralelo de este fragmento por lo tocante á la literatura alemana.

Pirro, rey de Brissa y Arates, amigo de Pirro, enviaron por mandado de los dioses, el primero á su hijo Evandro y el segundo á su hija Alcimna á ser educados secretamente entre unos pastores. El amor hirió el pecho de ambos jóvenes y se amaron mutuamente sin conocer su ilustre origen. Llegan sus padres, revelan el secreto y se unen los amantes. El Evandro no es la mejor producción de Gessner; pero ofrece interés por su semejanza con Sacotala. Al ver que el espíritu humano reproduce unos mismos asuntos á una distancia de 5,000 años, y en opuestos puntos del globo, se ensancha misteriosamente el campo del pensamiento filosófico. ¿Qué figuraba en el mundo la bárbara Helvecia cuando el autor de Sacotala florecía bajo el hermoso cielo de la India?

Alcimna sabe ya el secreto de su nacimiento y se ve rodeada de jóvenes que tratan de instruirla de los modales de la corte. Pero la princesa echa de menos, como la discípula de Cana, sus bosques, sus corderos, su cayado, y sobre todo sus amores. Esta situación da lugar al siguiente diálogo, entre la princesa y dos jóvenes de su comitiva.

SEGUNDA JOVEN.

Permitid que os diga debéis renunciar á las cos-

(1) SACONT., acto IV, p. 57, etc.

tumbres del campo para abrazar las de la corte. Una gran señora debe saber conservar su alto puesto. A nosotras se nos ha mandado no separarnos de vuestro lado é instruirnos.

ALCIMNA.

Prefiero nuestras costumbres porque son sencillas, naturales y porque se aprenden por sí solas. Nadie entre nosotros viene á darnos lecciones: nos reiríamos del que intentara hacerlo como del que se empeñara en hacer aprender á un pájaro gorgoros distintos de los que le ha enseñado la naturaleza. Pero en fin dadme alguna noticia del género de vida que se usa en las ciudades. Mucho temo que no ha de estar conforme con mi gusto.

SEGUNDA JOVEN.

Por la mañana cuando os dispertéis, que será á eso del medio día, pues las damas de gran tono no han de despertarse á la hora de los artesanos...

ALCIMNA.

¿Con que no oiré el canto de las aves, ni veré la salida del sol? Eso no me acomodaría.

PRIMERA JOVEN.

Vuestra hermosura os atraerá forzosamente muchos adoradores. Preciso os será estudiar el modo de complacer á todos, y no dar á cada cual mas que un poco de esperanza.

ALCIMNA.

Todos esos señores me fastidiarían grandemente si me hablarán de amor, pues yo nunca podré amar sino al que amo en la actualidad.

SEGUNDA JOVEN.

¿Es decir que amais?

ALCIMNA.

Si, por cierto; no me ruborizo de confesarlo. Amo con toda mi alma á un pastor, y él me corresponde con igual vehemencia. Mi amante es hermoso como el sol al asomar por el horizonte y encantador como la primavera. No es tan dulce el canto del ruiseñor como su voz. Si, querido mio, tú serás el único que yo amaré eternamente. Esos verdes árboles morirán, el sol dejará de alumbrar esas hermosas praderas, antes que tu Alcimna te sea infiel. Si, querido mio, juro.....

SEGUNDA JOVEN.

No jureis: vuestro padre no os permitirá que envelezais hasta ese punto vuestra ilustre cuna.

ALCIMNA. (con enojo)

¿Que quereis decir con mi ilustre cuna! Pues que ¿puede haber alguna que no sea noble y honrosa? ¡Oh! No entiendo nada de lo que me quereis enseñar. Preciso será que me habléis con mas naturalidad. Nunca acabaré de entenderlos. Estoy persuadida de que mi padre es un hombre razonable y no querrá que yo olvide lo que mas amo en el mundo, ni amo lo que mas detesto. Con cuánto pesar me separo de vosotras tranquilas moradas, sombras apacibles, ocupaciones inocentes! ¿Con cuánto placer os preferiría al tumulto de las ciudades; pero no puedo me-

nos de separarme de vosotras para seguir á mi querido padre. No habrá ciertamente venido á sacarme de aquí para hacerme desgraciada, porque yo lo sería hasta un punto que no me es posible expresar si tratasen de separarme del que amo mas que á mi misma. ¡Ah! no me inspireis esos recelos, amigas mías! ¿No es verdad que no tengo motivo de abrigar ese temor? (1) (a)

CAPITULO LIX.

FILOSOFÍA.—LOS DOS ZOROASTROS.—POLÍTICA.

El nombre del célebre Zoroastro (2) recuerda el del fundador de la filosofía persa, y el del órden de los magos. Su moral y sus dogmas fueron sublimes. Enseñaba la existencia de dos principios, el uno bueno y el otro malo que se disputaban entre sí el imperio de la naturaleza (3). La duración del primero abrazaba todos los siglos pasados y futuros; pero la del segundo se acabaría al acabarse el mundo.

Este antiguo sabio fue seguido en tiempo de Darío, hijo de Histaspes, de otro filósofo del mismo nombre que hizo alguna modificación en la doctrina de su predecesor. Es verdad que admitía tambien dos principios; pero los derivaba de un ser primitivo, cuyas inmensas miradas jamás llegaban á fijarse en la imperceptible raza de los hombres (4). Decía, que esos principios subordinados se regeneraban mutuamente sobre la tierra, cada cual durante un período de seis mil años; que el genio del mal sería últimamente subyugado por el principio del bien, y que entonces los hombres despojados de su grosera corteza, vagarían sin necesidades y en un estado de completa felicidad como ligeras (5) sombras por unas mansiones encantadas.

Los escritos del primer Zoroastro han perecido en las revoluciones de los imperios; pero algunas obras del segundo han podido llegar hasta nosotros. La mas considerable de ellas es el Zend (6) que existe aun entre los antiguos persas dispersados en las fronteras

(1) EVANDRO, acto III, escena V.

(a) La literatura alemana tiene indudablemente alguna semejanza con la oriental; pero tambien es cierto que cuando yo analizaba á Klopstock tenia poco conocimiento de la primera: de lo contrario, ¿cómo no habria citado á Willand, Goethe, etc. Ignoraba las diversas revoluciones que en los autores de la lengua germánica se habian instantáneamente verificado; puede decirse que yo no habia salido aun de Klopstock y Gessner.

En la actualidad no me parece sublime lo que yo consideraba como tal en la composición del Mesías. Siempre que saliendo del límite de las pasiones se lanza uno á concepciones gigantescas, no hay cosa mas fácil que remover el universo: para eso no hace ninguna falta el número. Que se haga suspender la marcha de los globos en el firmamento; que se hagan aparecer cometas, ni que se coloquen los muertos y los vivos, lo pasado y lo porvenir en distintos mundos, todo eso no será mas que una estéril grandeza sin sublimidad, un lujo de imaginación bueno para un cuento de brujas, para entretenimiento de un niño. El fragmento de Klopstock que he citado, no ofrece un solo rasgo que merezca conservarse: el autor pasa con frecuencia cerca de una belleza sin echarlo de ver. ¿Quién no espera algún acontecimiento extraordinario al ver acercarse al Cristo los dos ángeles? Todo queda sin embargo reducido á lugares comunes sobre la muerte y el poeta, se ve tan embarazado con sus ángeles que cuanto antes puede, los despacha Dios sabe á dónde. (N. ED.)

(2) Este primer Zoroastro es el calde de quien ya he hablado en otra ocasion. Segun Aristóteles, debió vivir seis mil años, antes de la toma de Troya.

(3) Hyde refiere algunas curiosidades por lo tocante al genio del mal. Los persas escribían su nombre con letras al revés: llamábanlo Arimanes, y al bueno Orosmanes.

(4) LAERT., lib. pár. VI, IX.

(5) PLUT., Isis y Osiris, tom. II, p. 155.

(6) Los magos han formado un epitome de este libro, dán-dole el nombre de Salder, y leyéndoselo al pueblo todos los dias festivos.

